



# Mis experiencias con el *latín*

Un estudioso del latín expone en este artículo las dificultades y las satisfacciones que conlleva la traducción de esta lengua antigua, que se sigue estudiando en todo el mundo.

Por Raúl Lavalle

Todo traductor es, aunque sea en mínima medida, un fracasado, porque nunca se puede decir *exactamente* el original en la lengua a la que este es traducido, ni siquiera en la traducción técnica. Como una suerte de contrapartida, el intérprete (*traductor* e *intérprete* son dos voces latinas) se puede convertir en un auténtico creador, que hasta podría superar —¿por qué no?— en ingenio y en conocimiento a su mismo modelo.

Trataré de ilustrar en este sencillo escrito estas ideas, bien conocidas, con ejemplos que provienen del mundo clásico. Muchos años atrás había ido a visitar, en Grecia, unos monasterios que se llaman con el nombre conjunto de Meteora. Antes de acceder a ellos había un cartel trilingüe que exhortaba a los

turistas a ser respetuosos, pues dicho lugar es muy caro a la religión. En inglés y en francés decía, aproximadamente, «respeten el carácter especial de este lugar». Conozco el griego clásico, no el moderno, pero tienen las mismas raíces, y me bastó para comprender que el original neohelénico decía «la santidad de este lugar». La voz griega, que tiene la raíz de *hósios*, ‘santo’, indicaba que el redactor del cartel comprendía que no tenían, al menos estadísticamente hablando, el mismo fervor religioso los griegos y los turistas extranjeros.

El siguiente ejemplo que me viene a la mente (me he propuesto, caro lector, dejarme llevar aquí por el *stream of consciousness*) es el de la palabra *póstumo*. Este adjetivo era en latín un superlativo, formado a partir de

*post*, ‘después’, adverbio y preposición. De modo que *postumus* significa ‘último’; se entiende bien la corrida de significado, cuando la palabra se aplica al hijo nacido después de la muerte de su padre (o a una obra publicada después de la muerte de su autor). Pero, a menudo (lo hago con frecuencia), creemos ser más sabios que la realidad... y por eso en el inglés se conserva la grafía *posthumous*. ¿Por qué? Pues por algo muy común, la etimología popular: *póstumo* debe venir de *post* y de *humus*, ‘tierra’. Según tal interpretación, *póstumo* es aquel o aquello que «nació» después de la tierra del sepulcro. No es verdad, pero *se non é vero...*

Se dice el pecado... pero no el pecador. Un profesor de Literatura muy conocido en otros tiempos, en una de sus antologías de secundario, había puesto una traducción propia de una célebre oda de Horacio, aquella que empieza así: *Odi profanum vulgus*. Este profesor, que era también muy buen poeta, comenzaba su versión (otra voz latina) de esta manera: «El vulgo profana la oda».



¿Quién dijo que el latín no sirve para el *marketing*?

## Raúl Lavalle



Raúl Lavalle es profesor, licenciado y doctor en Letras por la Universidad Católica Argentina (UCA). Se desempeña como profesor de Griego y de Latín en la UCA y en la Universidad de Morón. Hasta su jubilación, se desempeñó como profesor de Latín en el Colegio Nacional de Buenos Aires y en el Instituto de Enseñanza Superior N.º 1 Dra. Alicia Moreau de Justo. Es autor de varios artículos relacionados con el griego antiguo, el latín y la literatura. Ha traducido varias obras del griego y del latín al español.

En realidad, significa «Odio al vulgo profano». Con ello Horacio quería decir que, en su creación literaria, no deseaba ser alabado por los indoctos, sino, en todo caso, por los hombres cultos de su época. Don Fermín (nombre de pila de quien se equivoca mucho menos que yo) o no sabía mucho latín... o buscó una solución peregrina, confundiendo el verbo *odiar* con el sustantivo *oda*. Pero dejemos la alta poesía y, siendo yo émulo de Sancho Panza en cuanto a mi abdomen, vayamos a los refranes, a los dichos, a las sentencias.

Cualquier traductor con práctica sabe, en efecto, que hay diferencia en lo que llamaríamos *traducir* e *interpretar*. A veces, la traducción no nos aclara el sentido y necesitamos un paso más, la tarea de exégesis. Y bien, se atribuye a santo Tomás de Aquino la frase *hominem unius libri timeo*, cuya traducción es ‘temo al hombre de un solo libro’. Quizá te preguntes, amigo lector, por qué escribí la palabra *solo*, que no se ve en el texto original. Sin extenderme, en latín no hay artículos. De modo que, cuando en la lengua del Lacio aparece la palabra *unus*, no vale como artículo indeterminado, sino como numeral: por ello es de práctica traducirlo añadiendo el adjetivo *solo*, como elemento de diferenciación.

## Mis experiencias con el latín



Lleva el latín siempre consigo

Pero volvamos al dicho. La interpretación que, en una rápida lectura, puede darse: ¡qué hombre tan burro! Habiendo tantos libros, solamente conocer uno... sabe a muy poco, a absolutamente insuficiente. Al parecer, el sentido primario que quiso darle su autor fue otro: ¡cuidado con este hombre! En efecto, al conocer un solo libro, seguramente lo va a conocer muy bien; no te conviene entonces enfrentarte con él en esa materia, pues estarás en desventaja.

Ahora *offulam vertamus*, ‘demo vuelta la torta’, y hablemos un poco de lo menos habitual; a saber, de traducir al latín. Todavía hay gente —soy uno de ellos— que intenta cultivar el latín vivo, de modo que eso de «lengua muerta» no se aplica del todo bien a la lengua de Virgilio. Pues bien, Martín Freundorfer, un latinista austríaco, envió a sus contactos, el 11 de febrero de este 2021, este poema de tema tan actual. Pongo debajo una traducción mía.

Vim formamque luis mutarunt semina dirae  
 commotique homines aucta pericla timent.  
 Nobis attribuit genus Africa tosta nouatum  
 teque creasse aliud, terra Britannia, ferunt.  
 Eque Nouo Mundo est species transuecta per  
 aequor et manet e mediis Seribus orta lues.  
 Pollicita auxilium medicinae copia carae  
 deficit, ut frustra speret et optet homo.  
 Cum frueris uita, tibi mors est proxima dira,  
 et modo percutitur peste petente salus.  
 „Quaerite cauponas, saltate, date oscula,“ vobis  
 suaderem, „pueri, uos quia laeta decent!“,  
 uix uero licet ire foras medicique seueri  
 immitti fieri lege iocosa uentat.

[Las semillas de la cruel peste cambiaron fuerza y forma y los hombres temen, conmovidos, el aumento del peligro. La tostada África nos envía una especie renovada y dicen, tierra británica, que tú has creado otra. He aquí que del Nuevo Mundo llegó por mar otra clase, mientras permanece la que nació en medio de los chinos. La ansiada medicina promete abundante auxilio... pero no es suficiente, y el hombre espera y desea en vano. Mientras disfrutas de la vida, tiene al lado a la cruel muerte y la salud ya casi es golpeada por el ataque del mal. «Buscad las tabernas, bailad, dad besos», os aconsejaría, «niños, porque cuadran a vosotros las cosas alegres». Mas los médicos severos prohíben salir fuera y por cruel ley están vedadas las cosas jocosas].

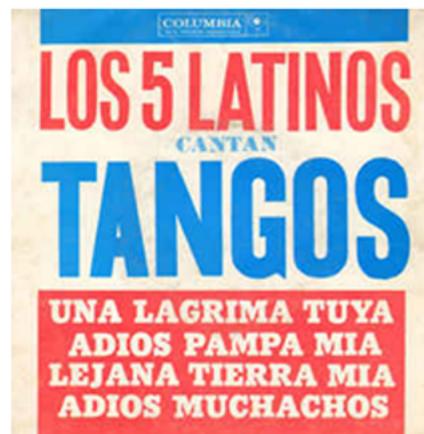
Vim formamque luis mutarunt semina d  
commotique homines aucta pericla timent  
Nobis attribuit genus Africa tosta nouat  
teque creasse aliud, terra Britannia, ferunt  
Equo Nouo Mundo est species transu  
et manet e mediis Seribus orta lues.  
Pollicita auxilium medicinae copia ca

Has visto, dulce lector, que mi estilo de traducir es decimonónico. En fin, no hay una sola clase de traductores, como bien se sabe. Quiero poner fin a este escrito, dejando al burro para lo último. Una de mis aficiones es verter al latín poesías y canciones (en estos momentos me encuentro en la aventura de una versión latina del *Martín Fierro*). Un botón de muestra, un tango. Me refiero a *O tempora!, Tiempos viejos*, con música de Francisco Canaro y letra de Manuel Romero. Copio solo la primera estrofa.

¿Te acordás, hermano? ¡Qué tiempos aquellos!  
Eran otros hombres más hombres los nuestros,  
no se conocía coca ni morfina,  
Los muchachos de antes no usaban gomina.  
¿Te acordás, hermano? ¡Qué tiempos aquellos!  
Veinticinco abriles que no volverán,  
veinticinco abriles, volver a tenerlos,  
si cuando me acuerdo me pongo a llorar.

[Memoras, amice, pristina tempora?  
De genere aureo erant patres nostri:  
nec saltabant tibiis nec lyras pulsabant  
neque medicamen in facie linebant.  
Recordaris, amice, morum severorum?  
Triginta annos tempus meos devoravit,  
triginta annos meos si reciperarem...  
sed manantes planctu oculos video].

Lo que hice podría llamarse versión; o también traducción muy libre. Un ejemplo: verás que en vez de «veinticinco abriles» puse *triginta annos*, ‘treinta años’. ¿Por qué el cambio? No es por falta de respeto a Manuel Romero, sino por rendir homenaje a don Gaspar Núñez de Arce, autor decimonónico español (debo ser el único que lo sigue leyendo), y su poema «Treinta años».



No solo Los 5 Latinos

En fin, querido amigo, intenté mostrar algunas de las dificultades y algunas de las cosas bellas que tiene la traducción en relación con la lengua latina. Sería muy feliz si pudiera despertar la curiosidad sobre esto. Y soy un poco optimista, no por mí, sino por la grandeza de una lengua... que a diario seguimos hablando. No en vano un académico dice que nosotros seguimos hablando latín, un latín distinto. ■

Vim formamque luis mutarunt semina dirae  
commotique homines aucta pericla timent.  
Nobis attribuit genus Africa tosta nouatum  
teque creasse aliud, terra Britannia, ferunt.  
Equo Nouo Mundo est species transueta per  
et manet e mediis Seribus orta lues.  
Pollicita auxilium medicinae copia ca